



DIONISIO RIDRUEJO
CUADERNOS
DE RUSIA
diario 1941-1942

Edición de Xosé M. Núñez Seixas
Prólogo de Jordi Gracia

fórcola



DIONISIO RIDRUEJO
CUADERNOS
DE RUSIA
diario 1941-1942

Edición de Xosé M. Núñez Seixas
Prólogo de Jordi Gracia

fórcola

CUADERNOS DE RUSIA



Dionisio Ridruejo

CUADERNOS DE RUSIA

Diario 1941-1942

Prólogo de
Jordi Gracia

Introducción, edición y notas de
Xosé M. Núñez Seixas

fórcola

Siglo XX

Director de la colección: Fernando Castillo Cáceres

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Soldados de la División Azul en un momento de descanso en el frente

© Del prólogo, Jordi Gracia, 2013

© De la introducción, edición y notas, Xosé M. Núñez Seixas, 2013

© Herederos de Dionisio Ridruejo, 2013

© Fórcola Ediciones, 2013

Depósito legal: M-10294-2013

ISBN: 978-84-15174-76-9

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PRÓLOGO

Jordi Gracia

Con Ridruejo han cambiado mucho las cosas en los últimos años, pero lo que sigue sin cambiar es la complejidad de su figura, los equívocos entre su dimensión más pública y su actividad privada, la distancia entre la primera etapa de su biografía y la segunda, y hasta la dificultad para identificar con nitidez aquello que ha de situarlo sin vacilaciones en la historia intelectual y política española del siglo xx. Más de dos y de tres novelistas han recreado su peripecia fascista; han proliferado los estudios, las publicaciones de materiales olvidados, de cartas privadas y documentos públicos, las reediciones de algunas de sus obras más relevantes, desde la guía personalísima de Castilla la Vieja hasta su espléndido libro *Casi unas memorias*, su luminoso y perspicaz *Escrito en España* o los documentos de su compromiso democrático desde Múnich en un libro que Jordi Amat tituló *Ecos de Múnich*.

Parece claro que hemos ido prefiriendo entre todos la obra en prosa del escritor antes que el fetiche literario de la posguerra. Para el presente ha dejado de ser únicamente el poeta del fascismo para empezar a ser un puñado de cosas absolutamente inesperadas, al menos a la vista de lo que entonces era aquel muchacho fibroso, brioso y fundamentalmente temible de los años treinta y cuarenta. Tanto Javier Pradera como Jorge Semprún, ambos amigos personales de Ridruejo desde mediados de los años cincuenta, hubieron de aumentar paradójicamente su admiración por el personaje al descubrir, ya en la actualidad, el articulismo político del Ridruejo juvenil y

rematadamente fascista. Una cosa era hacerse socialdemócrata y liberal, tolerante y racionalista desde un pasado fascista, y otra llevar encima el pasado hiperfascista y fanatizado de Ridruejo. Comprender, reprobar y derrotar aquella larga temporada en el infierno era todavía más difícil, y esa dificultad hacía de él una figura un poco más insólita: ya no por heroicidad ética sino por la estricta complejidad intelectual y personal de la operación.

Quienes apreciamos la prosa de Ridruejo solemos apreciar también su poesía más tardía. Es irónica, civil, socarrona y escéptica, y nace del deslumbramiento ante el paisaje físico y urbano estadounidense: *Casi en prosa* (1972) es el libro de poemas que narra sus dos largas estancias como profesor de Cultura Española en Estados Unidos, y ese libro tiene mucho, todavía hoy, de revelación de un Ridruejo otra vez insospechado: caprichoso, feliz, hedonista, observador, divertido y sin el menor rastro de la solemnidad sacral del poeta fascista de la guerra.

Pero pese a la sorpresa, tampoco eso era nuevo en el escritor. La tentativa de una prosa de brevedades y alusiones, de escenas naturales y descripciones quietistas, entre Azorín y Josep Pla, había sido una práctica muy antigua del escritor, y había sido una práctica forzada por la censura. La atenuación del veto a sus escritos en prensa empezó hacia 1945 a condición de que sus temas fuesen literarios, poéticos, abstractos, es decir, no políticos. Y encadenó entonces la serie de artículos publicados en Barcelona que acabaría revisando y reuniendo en un libro de 1960, *Dentro del tiempo* (que a su vez reeditaría en 1974 con su título original, *Diario de una tregua*). Esos artículos van firmados muchos de ellos en 1945 y 1946, cuando Ridruejo reside en un flexible destierro en tierras catalanas, en Llavaneras o en Sant Cugat, y es también ahí donde redacta, revisa o completa muchas de las páginas y

notas que ha ido tomando a lo largo de su expedición rusa con la División Azul. Un atento lector de Ridruejo, el poeta y traductor Sam Abrams, nos recordaba hace unos días la publicación de algunas de esas páginas (excluidas de los *Cuadernos de Rusia*) en un libro que compuso Manuel Penella en 1993, *Memorias de una imaginación* (los encontrará el lector en los Apéndices).

Y es que tenemos la seguridad de que estos *Cuadernos* publicados de forma póstuma fueron redactándose y reescribiéndose desde el destierro a Ronda en octubre de 1942, a su vuelta de la División Azul y tras la carta de julio de 1942 a Franco denunciando la irrespirable insuficiencia (insuficiencia fascista) del nuevo régimen y su sumisión a las oligarquías tradicionales, y a la Iglesia como jefatura intelectual y moral de la nación. Pero no tenemos muchas más certidumbres con respecto a la fábrica de ese libro, excepto la posibilidad de confrontar el texto actual con las extensas y detalladas cartas que mandó a los amigos desde Rusia, pero sobre todo a Marichu de la Mora. El resultado de ese cotejo revela una altísima semejanza de tono, escritura, enfoque y hasta fisonomía ideológica; no es posible afirmarlo categóricamente, pero esa comparación tiende a acercar el texto actual a las fechas de redacción de las cartas mismas desde la División Azul y, por tanto, a la etapa de convalecencia política e ideológica que vive Ridruejo a su regreso de Rusia.

La meticulosa reconstrucción que Xosé M. Núñez Seixas ofrece en el estudio introductorio es casi la condición misma para apreciar con libertad y sin escrúpulos la calidad literaria del texto. Y añadido que literaria no quiere decir formal o retórica sino integral: estas notas de viaje y asueto, de meditación o de tiento lírico, este cuaderno de vida agitada y remansada destila una viveza de observación y una voluntad de atrapar la realidad de la experiencia que sirven como auténtico hilo rojo del libro. La tentación más

frecuente ha sido leer estos cuadernos como testimonio y radiografía de un fascista con voluntad documental: averiguar lo que pensaba, hasta dónde se conmueve ante las hileras de presos y judíos, hasta dónde deplora el bolchevismo o el comunismo y hasta dónde se alinea el autor con el nazismo como esperanza redentora de la Europa contemporánea (que es lo que cree este Ridruejo).

Es una lectura necesaria pero no es una lectura suficiente porque neutraliza otra forma de lectura que hoy es ya de estricta probidad intelectual. Las sorpresas de la lectura política van a ser muy escasas frente a la riqueza de una lectura integral del texto como operación literaria frustrada, abandonada o aplazada para tiempos mejores que ya no iba a vivir. Y ése es el mejor regalo de una edición tan escrupulosamente anotada y prologada como la que ofrece Núñez Seixas: autorizarnos a leer entero al Ridruejo divisionario y fascista y a apreciar por tanto la tensión interna de la prosa, la riqueza descriptiva, los matices estilísticos del paisajista de sensaciones, las analogías con paisajes castellanos o la voluntaria empatía emocional con quienes soportan a la fuerza el paso y la convivencia de las tropas en sus casas y aldeas.

La vida cotidiana en la isba, los retratos humanos de compañeros de armas, la veracidad de algunos diagnósticos políticos, la recreación de la trinchera y la segregación emocional de la batalla, la debilidad de sentirse heroico y la certeza de estar siempre por debajo del héroe entregan los ángulos de un retrato de la vida de aventura que a menudo resulta novelesca en su capacidad de engendrar vida vivida en las guardias nocturnas, en las pequeñas costumbres o en las nimiedades de la vida soldadesca. Ese niño que lee el nombre de la mujer fotografiada en el calendario, con correcta pronunciación castellana (Dolores Ibárruri), esa envidia invencible ante la formalidad impecable de los soldados alemanes, esa intolerancia a la promiscuidad

cuartelera o esa visita espectral a una ciudad que nunca volverá a visitar valen como lentes de aumento al laberinto interior de un hombre teóricamente al borde biológico y biográfico de la madurez, de la estabilidad, de la definición profesional y vital. A Ortega le gustaba pensar que los treinta años señalaban la mitad del camino de la vida, y es ahí donde está Ridruejo cuando viaja al frente ruso, con veintinueve años que «recibo en un ambiente interior de nueva y para mí no esperada serenidad y madurez».

Que lo sentía así, me parece seguro. Que se equivocaba, también. Pero eso no lo sabía entonces ni él ni nadie. Por eso la lectura de este fresco literario de una empresa equivocada ofrece hoy la oportunidad de mancharse con el barro, la nieve pisoteada, la suciedad de la guerra, el drama de los muertos y el dolor de la consunción y al mismo tiempo asistir a la despedida definitiva de una prolongada juventud.

INTRODUCCIÓN

DIONISIO RIDRUEJO Y LA EXPERIENCIA DE LA DIVISIÓN AZUL (1941-42)

Xosé M. Núñez Seixas

Universidad Ludwig Maximilian de Múnich

Los *Cuadernos de Rusia* constituyen, probablemente, una de las obras cumbre de la literatura memorialística sobre la División Española de Voluntarios o División Azul (DA), cuerpo de voluntarios reclutados de forma mixta por las milicias de Falange y el ejército, que aportó de manera exclusiva la oficialidad y buena parte también de los voluntarios, y que entre julio de 1941 y febrero de 1944 movilizó a cerca de 47.000 combatientes españoles en el sector septentrional del frente del Este¹. Se trata de un diario, repartido en siete cuadernos manuscritos, que recoge el viaje de la División Azul en tren a Alemania, su adiestramiento en el campo de instrucción de Grafenwöhr (Alto Palatinado), su viaje en tren y a pie por Polonia, Lituania, Bielorrusia y Rusia, ocupadas por los alemanes, su estancia en el frente del Voljov y su participación en los combates de la ofensiva del Voljov en noviembre de 1941, su evacuación y su período de convalecencia en los hospitales de retaguardia de Porchow y Riga, su largo intervalo en Berlín entre finales de diciembre de 1941 y mediados de febrero de 1942, y su vuelta al frente hasta su regreso a España en abril de 1942, con breve paso otra vez por Berlín.

Son los *Cuadernos de Rusia* un diario de guerra, pero un tanto sui géneris, pues probablemente fue sujeto a una reescritura posterior, sin que mediase gran distancia temporal de los hechos y, por tanto, sin que tampoco se

hubiese producido una mutación significativa en la cosmovisión de Dionisio Ridruejo. El autor, como expondremos, tuvo ocasión de ordenar notas, reconstruir uno de los cuadernos que perdió en la línea de combate y reelaborar el conjunto con vistas a una publicación que no tuvo lugar a su vuelta del frente ruso, entre el invierno de 1942 y la primavera de 1943, mientras abrigaba las mismas convicciones falangistas y favorables a la Alemania nazi que cuando estuvo en la División Azul. Todo apunta a que los *Cuadernos*, al no ver la luz en 1943 o 1944 como parecía ser su destino, permanecieron inéditos hasta la muerte de Ridruejo sin sufrir más revisiones.

El voluntario Dionisio Ridruejo: ¿privilegiado malgré lui?

Ridruejo fue uno de los presumibles padres de la criatura, el ideador junto con Mora Figueroa y el ministro de Exteriores Ramón Serrano Suñer -quien después lo expondría en el Consejo de Ministros y ante Franco- del proyecto de enviar una división de voluntarios, de cariz falangista, al frente ruso en cuanto Alemania, como se rumoreaba en algunos círculos diplomáticos, iniciase la Operación Barbarroja y se lanzase a la conquista de la Unión Soviética. Pero hizo más: se apuntó voluntario de inmediato, como soldado raso. Formó parte del amplio grupo de jefes, jefes provinciales, cuadros del SEU y antiguos combatientes falangistas que se ofreció a partir para el frente ruso. Y lo hizo, en buena parte, como una huida hacia delante para así poder evadirse de una situación de frustración personal: la constatación de que, tras la reordenación ministerial de mayo de 1941 y la subida de José Luis de Arrese a la Secretaría General de FET de las JONS, el proyecto totalitario de cuño falangista que soñaba con implantar en la España salida de la guerra civil quedaba relegado, frente al afianzamiento del poder personal de Franco y la consolidación de los católicos como

contrapeso a los falangistas. A eso se unía su deseo de salir al paso de las críticas que, como a otros jefes que no habían pisado el frente de batalla durante la guerra civil - había sido eximido de incorporarse al ejército en diciembre de 1936, por intervención directa de Franco-, le presuponían dejadez o cobardía, algo que no contribuía mucho a su popularidad entre los excombatientes, y que a él le provocaba incomodidad. Años después reconoció como uno de sus móviles para embarcarse en la DA el «decoro personal», el deseo de mostrar que también era capaz de «hacer una guerra, para que no digan que yo he hecho poca guerra porque no me atrevo»².

Rusia, además, era una apuesta política que parecía medianamente segura. En unos meses, suponían los voluntarios falangistas, se hallarían desfilando en Moscú y volverían victoriosos con el aura de haber participado en la destrucción del comunismo, habiendo presentado los argumentos españoles para participar en la reordenación continental que tendría lugar bajo la égida del III Reich. Según el propio Ridruejo recordaba en 1962, él no fue al frente ruso por anticomunismo, sino porque creía en una «joven Europa heroica y popular de que estaban llenas las imaginaciones de ciertos fascistas ingenuos». El «grupo falangista más revolucionario -en el que yo mismo acampaba-» compartía la creencia de que «todas las desgracias y disminuciones de España -incluyendo pobreza e injusticia social- procedían muy principalmente de su sumisión a la hegemonía anglofrancesa», culpable de su atraso y postergación. Del triunfo del Eje, por el contrario, esperaban «la constitución de una Europa unitaria, independiente y poderosa, en la cual España [...] podría ocupar un papel de importancia», pero también el fortalecimiento de la *revolución* pendiente. La victoria del III Reich permitiría «aventar el complejo plutocrático y

clerical que pesaba sobre el Estado y destruir las formas decimonónicas del militarismo»³.

Con todo, Falange tuvo que aceptar que la gloria la compartiesen el partido único y el ejército, pues el ministro del Ejército, el general Varela, acabó por imponer que los oficiales y suboficiales saliesen de sus filas. Aun así, Ridruejo intentó mover influencias ante Arrese para que, al menos, muchos oficiales de simpatías falangistas fuesen los seleccionados para ir a Rusia⁴.

Salió de Madrid en tren e hizo el viaje con los demás. Pasó por la humillante experiencia de la ducha colectiva en Hendaya, pues el ejército alemán primero quería desinfectar las ropas y los cuerpos de los voluntarios; compartió el viaje en tren a través de Francia entre esporádicos puños alzados e improperios de la población civil, así como la recepción triunfal en las primeras estaciones germanas, y la estancia de mes y medio en el campo de instrucción de Grafenwöhr, en el Alto Palatinado. Allí supo Ridruejo lo que era la vida de cuartel, la dura instrucción, la disciplina castrense y el estar sujeto a jerarquías militares iletradas y poco simpatizantes de los *señoritos* de Falange. Por mediación del comandante en jefe de la División, el general Agustín Muñoz Grandes, que había sido entre 1939 y 1940 secretario general durante unos meses de FET de las JONS y gozaba de gran carisma y respeto entre militares y falangistas por igual, fue destinado el 25 de julio a la 2.^a Compañía del Grupo de Antitanques, una «unidad de postín» en la que abundaban sobremanera los falangistas⁵, y que reunía las ventajas de ser motorizada y de operar como unidad de reserva, cuya intervención sólo sería requerida allí donde fuese necesario en momentos concretos. Durante su estancia en Grafenwöhr, Ridruejo también tuvo ocasión, junto con otros dirigentes falangistas devenidos en soldados, de tratar con el conde de Mayalde, embajador español en Berlín, y los

jefes militares, y de transmitir quejas diversas a las altas instancias. En Berlín tenía abiertas las puertas de la embajada, pues no era, pese a todos sus esfuerzos por aparentar lo contrario, un divisionario o *guripa* del montón.

Desde Grafenwöhr, y en un principio como el resto de la expedición, Ridruejo salió para el frente ruso primero en tren hasta la localidad polaca de Suwalki. Allí, con el resto de su compañía de antitanques, continuó viaje en automóvil, en su caso un coche francés requisado por la Wehrmacht, ahorrándose la penosa marcha a pie que la mayoría de los divisionarios tuvo que realizar hasta la ciudad de Vitebsk. Pasó por lugares con poblaciones hebreas importantes -Grodno, Oszmyany, Vilnius, etc.-, y pudo apreciar algunas situaciones en los territorios ocupados por la Wehrmacht que distaban de las presentadas por la propaganda. Ridruejo vio numerosos judíos con la estrella amarilla, grupos de prisioneros soviéticos en condiciones lastimosas, algunos partisanos ahorcados, la creciente miseria del campesinado, ciudades en ruinas, tanques despanzurrados y tumbas de soldados alemanes que jalonaban el camino. A su paso intercambiaba impresiones con otros falangistas, militares y algunos civiles, y tomaba notas sobre paisajes y ambientes, anécdotas y tipos humanos. Y también daba rienda suelta por escrito a sus reflexiones políticas y estéticas.

Finalmente, a mediados de octubre de 1941 Ridruejo llegó al frente, al sector adjudicado a la DA: un trecho de 40 kilómetros a orillas del río Voljov, al norte de la ciudad de Novgorod. No disparó muchos tiros, ni pasó en un principio grandes penalidades. En buena parte gozaba también de la protección de sus camaradas, que velaban por su quebradiza salud y le evitaron dentro de lo posible los sufrimientos de la primera línea de combate, sabedores como eran además del prestigio intelectual y político de

Ridruejo, aunque no siempre era bien visto por otros falangistas de pasado escuadrista y combatiente. Su compañía, del Grupo de Antitanques, estaba en la reserva, presta a intervenir donde hubiese peligro y -se suponía- allí donde hubiese que repeler ataques de carros de combate. Ridruejo y sus compañeros se alojaron en la cabaña (isba) de una familia campesina, compartiendo el espacio con dos soldados alemanes. Hasta el 12 de noviembre su unidad no fue llamada a la primera línea de fuego, después de que la DA hubiese establecido una cabeza de puente en la orilla occidental del río Voljov y se viese obligada a repeler duros contraataques soviéticos, llegando hasta el pueblo de Possad (a unos 20 kilómetros de la orilla izquierda, metido en el bosque). La compañía de Ridruejo tenía que reforzar los restos del diezmado 2.º Batallón del Regimiento 269, y asegurar la vía de comunicación entre la posición del monasterio de Otsenskij y Possad, que discurría en medio de un bosque infestado de patrullas de soldados soviéticos. Mientras una parte de la compañía permanecía en Otsenskij, y Ridruejo con ella, otra parte se dirigió a Possad, lugar donde muchos divisionarios perdieron la vida. Padecía fiebre y estaba débil. El 3 de diciembre Ridruejo recibía la orden de presentarse en el Cuartel General, pero se negó a acatarla y se encaminó al infierno de Possad, un pueblo batido por continuas descargas de artillería y morteros, atacado constantemente por tropas soviéticas superiores en número. Allí tuvo lugar su auténtico bautismo de fuego, disparando ráfagas de su cañón antitanque y compartiendo las penalidades de la primera línea, esquivando las balas enemigas y arriesgando su vida. Pocos días después recibió la orden de retirarse mientras pudiese hacerlo por su propio pie, pues de poca utilidad era debido a su mermado estado físico. Ridruejo había demostrado ya, además, el suficiente valor en combate como para que su hombría quedase a salvo de

envidias y habladurías, en una división pequeña donde casi todo el mundo se conocía⁶. En Possad quedó uno de sus cuadernos, que cayó en manos soviéticas y algunos de cuyos párrafos fueron leídos, al parecer, por Radio Moscú, dándole por muerto.

El soldado Dionisio Ridruejo fue evacuado al hospital improvisado en Sitno, y de allí al de campaña de Grigorovo, cerca de la ciudad de Novgorod. Las fuertes emociones de la guerra real ya habían incidido profundamente en su ánimo. Había asistido a la muerte de varios amigos y camaradas en la línea de combate, desde el dirigente del SEU Enrique Sotomayor y el falangista de la Vieja Guardia de Madrid Enrique Ruiz-Vernacci, cuyo entierro describe de manera poética y militante en los *Cuadernos*, hasta el antiguo ayudante de José Antonio Primo de Rivera, Vicente Gaceo del Pino, pasando por varios soldados y oficiales que había conocido durante la marcha o en el frente. Muchos de ellos eran, además, contertulios o nuevos amigos dentro de la comunidad primaria de antiguos conocidos de la Falange que era, en buena medida, la primera División Azul. Un microcosmos donde casi todo el mundo se conocía, donde era fácil encontrarse con amigos, compañeros o camaradas en cruces de caminos, trincheras y hospitales de la retaguardia, lo que sobre todo ocurría en el caso de la élite dirigente juvenil falangista que se había apuntado de forma entusiasta. En el hospital, Ridruejo también asistió al sufrimiento y agonía de varios oficiales con los que había compartido posición, como el teniente Bartolí. El 16 de diciembre de 1941 el poeta soriano llegó al hospital de evacuación de Porchow, y pasó la Navidad en el hospital español de retaguardia de Riga.

Los buenos oficios de Serrano Suñer y de su amigo el conde de Mayalde consiguieron que Ridruejo, junto con Agustín Aznar, fuesen autorizados a trasladarse a Berlín, donde llegaron el 28 de diciembre, y se alojasen en la

embajada de España, mientras otros camaradas iban al hospital español de recuperación de Friedrichshagen.

En Berlín, Ridruejo pudo pasar unas semanas recuperándose, comiendo bien, descansando y paseando por una ciudad que seguía sin gustarle demasiado. También frecuentó muy diversas compañías. Por un lado, el personal diplomático de la embajada española, parte de él poco afín a la Falange, y diversos jefes nazis de segundo rango, aunque también conoció al almirante y jefe del espionaje militar Wilhelm Canaris. Por otro lado, diversos amigos falangistas presentes en la capital del III Reich o camaradas de la DA también convalecientes, así como algunos profesores españoles o hispanistas de la Universidad de Berlín, y corresponsales de prensa de medios españoles. Asimismo pudo iniciarse en un curioso y decadente ambiente, el de los aristócratas tudescos y europeos refugiados en Alemania, más o menos venidos a menos y que solían alternar en reuniones y cafés con el personal diplomático. En ese ambiente conoció y tuvo un romance con una condesa germana que había vivido en Colombia, Mechtchild (*Hexe*) von Podewils, casada con un industrial y noble alemán y madre de dos hijas, además de presunta aprendiz de espía. También tuvo oportunidad de conocer a otros condes y barones, algunos de ellos pro nazis, otros no tanto. Una buena parte de sus amistades y conocidos berlineses, como los corresponsales Manuel Penella de Silva y Ramón Garriga, comenzaban ya a abrigar serias dudas sobre las bondades del nazismo, y más aún de que la Wehrmacht fuese a ganar la batalla del Este, por lo que le comunicaron sus prevenciones y presagios. Pero no consiguieron, según todos los indicios, hacer dudar al falangista soriano de sus convicciones fascistas y de su todavía firme fe en el III Reich.

Ridruejo no cedió a las presiones de su entorno político y de amigos, que desde Serrano Suñer hasta el embajador

Mayalde, pasando por compañeros de armas como Agustín Aznar, le insistían en que aceptase volver a casa y dar la batalla en España por ganar todo el poder para la Falange. El 25 de febrero de 1942 se reincorporó a su compañía, otra vez a orillas del Voljov. Retornó a un frente relativamente estabilizado, en el que los españoles se habían retirado a principios de diciembre del año anterior a sus posiciones de partida y en el que la DA había protagonizado algunas acciones aisladas de gran eco propagandístico, pero de un alto coste en bajas, muchas de ellas por congelación. Los soviéticos habían contraatacado al norte de las posiciones ocupadas por los españoles, pero no habían cercado a la División, y al poco tiempo serían ellos los rodeados en una gran bolsa que entre la primavera y el principio del verano sería aniquilada por tropas germanas, holandesas, flamencas y españolas.

Ridruejo tenía ahora en el frente ruso una vida más tranquila y más monótona, como correspondía a una guerra de posiciones. El intenso frío, la suciedad y los piojos continuaban estando presentes, sin embargo, y su delicada constitución física le llevó de nuevo a padecer fiebre desde principios de marzo. A pesar de ello hizo lo posible por aguantar en su puesto. Empero, tras una entrevista con el general Muñoz Grandes el 8 de abril, al día siguiente recibió de aquél un permiso indefinido. Tenía que volver a España, en parte porque, como le insistía Serrano Suñer desde Madrid, era necesario que los más cualificados líderes de Falange retornasen, investidos de un nuevo prestigio, para tratar de frenar con su presencia el proceso de irreversible pérdida de influencia de los falangistas en el régimen franquista. A mediados de abril de 1942 Ridruejo llegó de nuevo a Berlín, y el 22 del mismo mes aterrizaba en el aeropuerto madrileño de Barajas tras tomar un largo vuelo desde la capital alemana con escalas en Stuttgart, Lyon, Marsella y Barcelona. Fue recibido por varios

jerarcas de Falange, como Pilar Primo de Rivera, Serrano Suñer y algunos compañeros de la redacción de *Arriba*. La guerra, para él, había terminado.

Ridruejo intentó presentarse como un divisionario más, pero no retornó en un largo trayecto en tren como el resto de sus camaradas, sino como un divisionario de primera clase, como el jerarca falangista que todavía era. En esto su experiencia tampoco se correspondió exactamente con la de la mayoría de sus camaradas.

Los Cuadernos de Rusia y su lugar dentro del relato divisionario

Toda literatura y memorialística de guerra suele conllevar un riesgo a la hora de ser evaluada por el lector y el historiador. La distancia temporal respecto a los hechos que describe introduce un sesgo autojustificativo, en una u otra dirección. Los aspectos más crudos del combate y la realidad de la vida en el frente y la retaguardia acostumbran a silenciarse o a reflejarse sólo de forma benigna. Aspectos como la brutalización del combate, el trato dispensado al enemigo capturado, las relaciones con la población civil en la retaguardia inmediata o lejana, la evocación de las relaciones de camaradería con los soldados del propio pelotón o el recuerdo de las motivaciones que llevaron al protagonista a luchar y morir si era necesario, aparecen teñidos por los valores del presente próximo y por el peso de los discursos dominantes en la esfera pública sobre la memoria de la guerra en la que se participó. También se ven distorsionados por el prisma que la propia madurez introduce a la hora de juzgar y reproducir con ojos adultos o ancianos lo que fueron las reacciones, los sueños, los temores y las ideas propias de la juventud.

Este riesgo, consustancial a toda escritura autobiográfica sobre la propia experiencia bélica, no deja de presentarse a

la hora de leer e interpretar de modo crítico las páginas de un diario de guerra, una fuente en teoría coetánea a los hechos narrados. Pues los diarios a menudo son retocados por sus autores en el momento de su preparación para la publicación, y por tanto sus contenidos iniciales también pueden verse tamizados, suavizados o simplemente autocensurados por la nueva perspectiva que introducen la edad, la evolución de los propios posicionamientos políticos o simplemente el contexto de valores predominante.

En el caso específico del frente del Este durante la Segunda Guerra Mundial, los silencios y matices de las autobiografías y memorias constituyen un caso particular. Así se aprecia en el caso de los integrantes de las fuerzas invasoras que el 22 de junio de 1941 formaron parte de la Operación Barbarroja, y de los diversos contingentes de distintas nacionalidades que secundaron a las tropas alemanas, rumanas y finlandesas en varios momentos, tanto cuerpos de tropas regulares (húngaros, italianos, croatas) como de unidades voluntarias multinacionales integradas en el ejército regular alemán (Wehrmacht) o en las divisiones de las Waffen SS. Tratándose de una guerra concebida por la Alemania nazi como una campaña de exterminio, en la que se registraron cotas de brutalización muy superiores a las alcanzadas en el frente occidental – salvo quizá en algunos momentos de la batalla de Normandía en junio-julio de 1944–, y en la que las fuerzas invasoras recibieron instrucciones específicas para ejecutar a los comisarios políticos del Ejército Rojo después de capturarlos, además de otras disposiciones, las memorias de guerra suelen pasar por encima de varios de los aspectos más conflictivos de la campaña, como el comportamiento de las fuerzas invasoras en la retaguardia, los asesinatos masivos y las deportaciones de la población judía, las ejecuciones de partisanos, las represalias contra la población civil y un largo etcétera⁷.

También podría ser el caso del texto que nos ocupa, aunque con matices significativos. La primera edición de los *Cuadernos de Rusia* tuvo lugar en 1978, tres años después de la muerte del autor, al cuidado de su viuda, Gloria de Ros, César Armando Gómez y la responsabilidad editorial de Tomás Borràs, a cargo en aquel momento de la editorial Planeta. El editor Rafael Borràs definía los *Cuadernos* en sus memorias como «un testimonio [...] impresionante que permanecía inédito [...], una gavilla de impresiones personales -paisajes, ambientes, estados de ánimo, tipos y anécdotas-, con paisajes reflexivos y a menudo líricos de una gran belleza». Aunque el sociólogo Ignacio Sotelo le reprochase entonces que «tales textos era mejor que no se hiciesen públicos», ya que en ellos salía a la luz un Ridruejo inequívocamente falangista y alineado con el III Reich y el Nuevo Orden hitleriano, con juicios contemporáneos sobre el enemigo, los rusos o los judíos que, ciertamente, el autor no compartiría en su madurez, Borràs decidió publicarlos para mejor reflejar «la evolución ideológica del personaje, que nunca falseó su peripecia biográfica»⁸. Quizá el problema que veía Sotelo era, precisamente, que en esa edición se reprodujeron de manera fiel y exacta los manuscritos originales legados por Ridruejo, según hemos podido comprobar al cotejar estos últimos, depositados en el Fondo Dionisio Ridruejo del Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, con la primera edición de 1978.

Pero ¿eran en efecto los manuscritos de los *Cuadernos de Rusia* hoy conservados en Salamanca los apuntes originales realizados en Alemania, Polonia y Rusia por Dionisio Ridruejo durante su experiencia divisionaria? ¿O eran esos manuscritos quizá una reelaboración posterior del propio Ridruejo sobre las notas iniciales tomadas en campaña y sus agendas, tal vez al volver a España en 1942, durante su confinamiento en Ronda o en algún momento posterior de

su biografía? La limpia caligrafía del autor, la casi total ausencia de tachaduras o las escasas rectificaciones en el manuscrito original sugieren lo segundo. Es cierto que Ridruejo gozó de condiciones bastante favorables para escribir sus cuadernos de notas con cierta pulcritud y calma, salvo en su no muy largo período (apenas tres semanas) de mayor exposición al peligro en la línea de combate; y sólo al volver al frente en febrero de 1942 tras una larga convalecencia en los hospitales de retaguardia y en la embajada española en Berlín procedió a reconstruir su diario, gracias a su memoria y a la agenda de mano donde realizaba anotaciones de forma paralela. Su estatus como jerarca falangista y su quebradiza salud le permitían dormir en mejores alojamientos, y evitar las largas caminatas a pie, y su tiempo en posiciones expuestas de vanguardia fue reducido. Muchas de las anotaciones originales del diario, podemos suponer, fueron escritas en pausas del combate, en el hospital, en escritorios de madera y sin sensación de peligro acuciante.

Es cierto igualmente que en otros escritos inéditos redactados durante su estancia en la División Azul, como eran las varias cartas remitidas desde el frente o desde la retaguardia a camaradas y amigos en España -por ejemplo sus epístolas a su íntima amiga, además de amor (¿platónico?) y confidente, la dirigente de la Sección Femenina y antigua secretaria de José Antonio Primo de Rivera, Marichu de la Mora Maura (1907-2001)⁹-, el escritor y entonces jerarca falangista hacía gala de una caligrafía igualmente limpia y sin apenas tachones o correcciones. Esos escritos se caracterizan también por la notable fluidez en la expresión, la buena distribución de las pausas o la ausencia de iniciales o abreviaturas, rasgos característicos, junto con la poca abundancia de tildes y hasta algún gazapo ortográfico, de la escritura manuscrita ridruejana. Además, las impresiones transmitidas en las

epístolas desde el frente, en particular las expresadas a Marichu de la Mora, no difieren en demasía de las expresadas en su diario. Tampoco se distinguen mucho - salvo quizá en su menor carga retórica- de las cartas enviadas a la redacción del diario falangista *Arriba* desde Rusia, o de las dieciséis crónicas publicadas en ese mismo órgano por Ridruejo entre el 10 de enero y el 23 de abril de 1942 con el seudónimo Andrés Oncala, más allá de la mayor carga retórica de los artículos destinados a la prensa¹⁰, particularmente en cuestiones como los tonos empleados para describir su estado de ánimo, su entusiasmo por la causa del Nuevo Orden hitleriano y la deseable participación de España en él, sus juicios sobre el campesinado ruso y los civiles soviéticos en general, sobre los combatientes enemigos o, incluso, sobre algunos aspectos de la cuestión judía.

Algo semejante, con algunos matices, se puede afirmar de los poemas que acompañaban a los *Cuadernos* y que se referían a la campaña de Rusia, y que fueron publicados en *Escorial*, el suplemento literario de *Arriba*, así como de los que permanecían inéditos, que sí sufrieron algunas alteraciones en las ediciones posteriores. En ellos Ridruejo expresaba en clave lírica muchas de las reflexiones y pensamientos de índole política, o simplemente las vivencias del viaje a Alemania y Rusia, la camaradería, la vida militar, el combate y la estancia en los hospitales y en la retaguardia del frente. Estos poemas fueron publicados en 1944, quizá con alguna colaboración de la propaganda de guerra alemana¹¹.

A diferencia de otros ejemplos de diarios de campaña publicados con posterioridad, ciertamente muy inferiores desde el punto de vista literario y de la riqueza de sus contenidos, los *Cuadernos de Rusia* no fueron retocados de modo significativo en los años posteriores a 1942-43 ni por el autor ni por los primeros editores de 1978. Lo que

parece más probable es que, junto con la preparación de una edición de sus poemas de Rusia, Ridruejo aprovechara el mucho tiempo disponible y la soledad de su largo período de confinamiento en Ronda, desde octubre de 1942 a mayo de 1943, para pasar a limpio sus diversos apuntes del diario de campaña, como sugiere en varias de sus cartas desde aquella localidad¹². Los apuntes de sus *Cuadernos de Rusia* fueron objeto, pues, probablemente de una reescritura y reordenación parcial. Pero lo fueron en una época en la que Ridruejo se seguía identificando, si cabe de manera más radical, con las ideas que le habían llevado a promover la constitución de la DA y a enrolarse como voluntario en junio de 1941. Por tanto, los juicios y opiniones sobre personas, lugares, ambientes, tipos sociales y étnicos o circunstancias políticas no habían variado de forma significativa. Y permanecieron además en los *Cuadernos* algunas inexactitudes, como se podrá apreciar en las anotaciones del texto, referidas a personajes o lugares, lo que también ponía de relieve una falta de reelaboración minuciosa o de consulta de otros testimonios divisionarios por parte del propio Ridruejo¹³.

Siempre quedará abierta una sombra de duda. Pues en las ediciones posteriores a 1945 de su obra poética el texto de sus poemas de la División Azul sufrió abundantes retoques, los más de ellos estilísticos, pero también algunos de contenido, como el «Canto a los muertos de Stalingrado», compuesto en Ronda en febrero de 1943 y eliminado de las reediciones posteriores de su poesía¹⁴. Cabe también formularse una pregunta contrafactual: si no hubiese muerto de forma relativamente prematura, ¿habría vuelto Ridruejo sobre sus *Cuadernos* y dulcificado expresiones, dudas, juicios y tonos? ¿Tenía que ver el hecho de que no publicase su diario en vida con su escaso interés en que saliesen a relucir, ya en su etapa de opositor antifranquista, las opiniones y percepciones que un joven todavía fascista

abrigaba sobre Europa y Rusia? ¿Era un proyecto siempre pospuesto precisamente por ello, por ser consciente de que lo que entonces opinaba difería radicalmente de sus posiciones tras 1950?

Como ya señalamos, los *Cuadernos de Rusia* merecen un puesto de honor en la amplísima literatura memorialística sobre la División Azul¹⁵. Una razón estriba en su calidad literaria. Entre los divisionarios, y particularmente los de la primera expedición de julio de 1941, abundaban los *plumillas*, los estudiantes universitarios y licenciados con capacidad notable de expresarse por escrito, y un número no despreciable de personas que después alcanzaron notoriedad en las artes y las letras. No obstante, la prosa ridruejana muestra su fina sensibilidad, una capacidad de expresar dudas, sentimientos y matices, y una gran precisión en la descripción y caracterización de tipos humanos, ambientes, situaciones y paisajes. Asimismo, en su interés influye el hecho de que Ridruejo fuese un divisionario singular. Era un soldado raso, pero privilegiado a fin de cuentas, con acceso fluido a los altos mandos, a los jerarcas falangistas de la División, al embajador español en Berlín y a fuentes de información de que no disponía cualquier *guripa*, lo que se traduce en que sus juicios e informaciones estaban bien fundamentados. No eran simples rumores, los típicos bulos que propagaba el boca a boca entre los soldados *-radio macuto-*, sino datos que le transmitían personas cercanas al Cuartel General y al propio general Muñoz Grandes, a los puestos de mando de compañías y batallones, o a los que conocían bien la marcha general de los asuntos de la División, de las intrigas políticas de la retaguardia en Alemania y España, y de las rivalidades internas. Por los *Cuadernos de Rusia* desfilan los personajes principales de la DA, a modo de gran caleidoscopio: mandos militares y jerarcas políticos, embajadores y aristócratas, oficiales y veteranos

falangistas... Pero también había entre ellos muchos voluntarios del montón, sargentos chusqueros, suboficiales y soldados sin especial idealismo falangista. El pequeño mundo en el que Ridruejo se movía la mayor parte del tiempo se componía, en gran medida, de un grupo de camaradas unidos por convicciones ideológicas y por lazos fuertes forjados en parte en épocas anteriores, además de algunos conocidos de aluvión. Pero a cada poco hacen acto de presencia en los *Cuadernos* buena parte de los poetas, escritores y periodistas que se daban cita en la DA.

A diferencia de las memorias y relatos novelados que le precedieron y le siguieron, los *Cuadernos* presentan claros signos de originalidad con respecto al relato divisionario, la representación performativa de la experiencia de la División Azul. Los rasgos principales de ese relato, como hemos señalado en otro lugar¹⁶, se pueden resumir en cinco puntos: a) la falangistización tendencial del recuerdo, incidiendo en el predominio de los ideales y la cosmovisión falangistas en el conjunto de los divisionarios; b) el silenciamiento o dulcificación de los aspectos más duros de la guerra de exterminio en el Este, en particular el trato a los prisioneros, a los comisarios políticos, la contemplación de algunas de las secuelas y las facetas vividas o percibidas de la persecución de los judíos en la retaguardia; c) la búsqueda de una contradictoria distancia frente a los soldados alemanes y al ejército germano en general, incidiendo en la presentación de una División Azul que sería más *limpia* que la *limpia* Wehrmacht, mediante el recurso frecuente al tipismo y a los estereotipos que contraponían el alegre español al rígido tudesco; d) la ejemplificación de lo anterior, igualmente, en la identificación emocional con el pueblo ruso, con los campesinos de la retaguardia, con las mujeres, niños y ancianos que habitaban en los pueblos situados detrás de la línea del frente del Voljov y después del frente de

Leningrado, mostrando la empatía del carácter español con el ruso, la fascinación por un pueblo de cultura milenaria, su fe ortodoxa y su resistencia al comunismo; e) y, de modo paralelo, una tendencia a la autorrepresentación de los divisionarios como los perdedores entre los vencedores: unos combatientes idealistas que pasaron grandes penurias en un frente difícil, lejano y pleno de dificultades naturales, que habrían sido víctimas tanto de la incomprensión y el soterrado desprecio de sus camaradas alemanes y del ejército germano en general, como del régimen franquista después de volver, al ser considerados como unos exponentes molestos de un pasado de simpatía hacia el Eje que, tras 1945, no convenía recordar. Lo que, de paso, también repercutió en la voluntad de distanciamiento del ejército alemán y en la presentación de las motivaciones de los voluntarios, falangistas o no, como una mera cruzada anticomunista, vista a su vez como una continuación de la guerra civil, librada contra un régimen y una cosmovisión representada por el Estado soviético pero sin compartir los fines de guerra y los objetivos de geopolítica racial y dominio continental del III Reich. En esa narrativa, los voluntarios españoles habían combatido junto con Alemania contra un común enemigo, que además era ahora el adversario del bloque occidental. Pero marcaban sus diferencias con respecto al ejército alemán y el proyecto nazi de expansión imperial.

Los *Cuadernos de Rusia* y los textos coetáneos de Ridruejo comparten varios de los lugares comunes de la narrativa divisionaria. Pero, al mismo tiempo, su diario presenta una serie de matices particulares. ¿Cuáles son éstos?

A) La nueva Falange forjada en el Voljov

En primer lugar, cabe señalar en Ridruejo que su consciente falangistización de la experiencia divisionaria en

su conjunto, pese a ilustrar las desavenencias y conflictos entre militares y camiseros azules dentro del contingente expedicionario, se ve reforzada por la experiencia de combate: en Rusia habría nacido una nueva Falange, templada por la guerra y el esfuerzo común. Ridruejo no era tan ingenuo como para desconocer que, aunque los voluntarios falangistas constituyesen el nervio de la primera División Azul, no constituían la mayoría de los combatientes enrolados. Junto a los soldados profesionales, cabos y sargentos más o menos chusqueros del ejército, y los que se habían apuntado mientras hacían el servicio militar, los falangistas representaban un porcentaje muy significativo, pero no el conjunto de la División. Pero consideraba que aquéllos eran los voluntarios ejemplares. Escribía así en agosto de 1941 que la División era un «arca de Noé donde están todas las especies, aunque con predominio –justo es decirlo– de las más nobles», o sea, de los falangistas¹⁷. Pero también se hace eco en los *Cuadernos*, y de modo aún más explícito en varias de sus cartas, de las tensiones internas que recorrían el cuerpo expedicionario español. La principal eran los roces entre los militares profesionales y los voluntarios falangistas. El poeta soriano formaba parte de una de las compañías donde más abundaban los mandos de Falange en la División, la Compañía Antitanques, donde servía su amigo Agustín Aznar, y en la que más se manifestaban las «jerarquías paralelas» –una militar, formalizada, y una informal de carácter político– que tanto inquietaban a los oficiales¹⁸. Los jefes falangistas más conocidos se veían interpelados con frecuencia por sus camaradas en demanda de protección o consejo, lo que no siempre placía a sargentos, suboficiales y oficiales del ejército: «Los más jóvenes –estudiantes, gente de buena afición– me cercan exigiéndome casi un magisterio que me esfuerzo en allanar lo más posible», escribía Ridruejo en octubre de 1941¹⁹. Tampoco ahorra epítetos despectivos contra algunos de

los principales mandos militares de la División, particularmente –pero no sólo– en su correspondencia privada. Cuando, convaleciente de su agotamiento físico tras participar en las operaciones de la cabeza de puente del Voljov, se enorgullecía del papel del Regimiento 269 en los duros combates, recordaba que aquél era precisamente en el que más abundaban los «‘señoritos fascistas’, como decía estúpidamente la bestia del coronel [Martínez] Esparza»²⁰. Y, al tiempo, no dejaba de manifestar su sorpresa por las opiniones simplistas en materia política que podía escuchar de varios de sus oficiales, como el comandante que consideraba que los problemas de España concluirían si todos los hombres se educasen en el cuartel durante un largo servicio militar...

Pero su mayor inquina, y al mismo tiempo perplejidad, se manifestaba ya durante el período de entrenamiento en el campamento de instrucción bávaro de Grafenwöhr, en julio de 1941, al comprobar la mezcla de estulticia, brutalidad y arrogancia autosuficiente de que hacían gala los sargentos y suboficiales del ejército. Ridruejo se hacía eco de la convivencia difícil entre dos grupos de actores especialmente característicos de la DA. Por un lado, los jóvenes voluntarios falangistas, muchos de ellos estudiantes universitarios, oficinistas o empleados de extracción urbana, que en gran medida no habían combatido entre 1936 y 1939 por ser demasiado jóvenes o (en el caso de muchos falangistas valencianos o madrileños) por haber permanecido ocultos, haber sufrido persecución y cárcel a manos de milicias obreras o de las autoridades de la República, o haber prestado servicios como saboteadores o informantes de la Quinta Columna. Por otro lado, sargentos y suboficiales chusqueros, muchos de ellos antiguos voluntarios del bando rebelde durante la guerra civil española que habían ascendido por méritos de batalla y habían pasado por una Academia de Suboficiales o